

DOMINGO IV DE ADVIENTO (Ciclo B)

Escuchamos hoy el relato de la Anunciación. Es difícil no estremecerse ante la sencillez de María, que, pobre y humilde sierva del Señor, accede a que Dios se haga hombre. La libertad es la capacidad de escoger el bien. El sí de María es el mayor testimonio de libertad que podemos contemplar en un hombre, porque ella eligió lo mejor y lo hizo por todos los hombres. Además, con una disponibilidad absoluta: «Hágase en mí según tu palabra». Por eso san Juan Damasceno llama a la Anunciación «la fiesta de la raíz», porque ella estaba en el origen de toda la obra de redención y santificación que se iba a llevar a cabo.

Supongamos que estuviéramos allí presentes contemplando esta escena sorprendente: un ángel que se aparece a una muchacha en un pueblo perdido de Israel en el que nunca había sucedido nada importante. Estamos ocultos contemplando con el corazón en un puño la extraña proposición: «Has sido elegida para ser Madre de Dios». María está turbada, pero para nada pierde la sencillez. Es un alma muy especial. Así la ha saludado el ángel: «Llena de gracia». Y vemos cómo toda la historia de la humanidad, la nuestra, pasa por el libre consentimiento de una mujer. Y ella dice sí y se abre para Dios la entrada en la tierra. Como dice san Bernardo, la Virgen dichosa «ha abierto el corazón a la fe, los labios al consentimiento y las entrañas al Creador».

Cada vez que contemplamos esta escena, nos damos cuenta de que hemos de unirnos al sí de María. Como ella decimos: «Que se haga, Señor, tu voluntad, lo que tu misericordia ha dispuesto por el bien de los hombres. Sí, Señor, ven a socorrer a los hombres por la mediación de María que te ofrece sus entrañas para que te hagas hombre como nosotros». Y damos gracias a Dios por el don de María, predestinada para ser la Madre de nuestro Redentor. Y damos gracias a Dios, porque no quiso venir a salvarnos sin contar con el consentimiento de una mujer.

Después ese sí de María se ha ido repitiendo en millones de cristianos que lo han pronunciado con ella. De hecho, lo hemos aprendido de sus labios, porque lo que nos sale es decir que no. Parece tan complicado que Dios quiera venir al mundo a través de nuestra libertad... ¿Por qué no nos salva de otra manera?, parecen pensar muchos. Pero Dios ha escogido ese camino que la humilde mujer de Nazaret, llena de gracia y nada complicada, entiende y asume.

María ha entendido la grandeza de la propuesta: Dios no quiere salvarnos sin nosotros y, en nuestro nombre, ha dicho la palabra que nosotros no nos atrevemos a pronunciar porque no somos capaces: ha dicho sí. Ha dicho: sálvanos a través de mi humanidad, no lo hagas desde fuera, sino desde dentro. Haznos sentir el gozo de la transformación interior, porque te haces totalmente uno de nosotros. Y el Verbo se formó en las entrañas de la Virgen y en Belén lloró con lágrimas humanas, y en la cruz salió sangre humana de sus heridas. Todo lo había tomado de la Virgen, porque quería salvarnos como hombre. A dos mil años de distancia y a un día de la Navidad damos gracias por el «fiat» de María. Todo sigue dependiendo de Dios, pero ella no podía fallar porque se sabía toda de Dios.

¡Gracias, Señor, por la Virgen! ¡Sin ella no sabríamos vivir la Navidad!